

norma y ley de su vida las prescripciones de la Silla apostólica, y obedecen á los obispos á quienes *el Espíritu Santo puso para regir la Iglesia de Dios*. [Act. XX. 28]

La defensa del nombre católico exige en verdad y necesariamente, que sea unánime el sentir y suma la constancia de todos en la profesion de aquellas doctrinas que la Iglesia enseña; y en esta parte debe tenerse cuidado de que ninguno condescienda de manera alguna, ó resista las falsas opiniones con menor energía de lo que la verdad exige. Podrá disputarse de aquellas cosas que son opinables, con moderacion y con el fin de indagar la verdad, pero sin expresiones injuriosas ni mutuas acusaciones. Para que no se destruya la union de los ánimos con el empeño temerario de inculpar á otros, es necesario que en este punto todos tengan presente, que la integridad de la profesion católica no puede estar junta con las opiniones que se acercan al naturalismo ó racionalismo, cuyo fin último es quitar absolutamente las instituciones cristianas, y desterrando á Dios, establecer en la sociedad el principado ó poder del hombre.

No es lícito tampoco seguir una línea de conducta en lo privado y otra públicamente, de manera que la autoridad de la Iglesia se respete en la vida privada y en la pública se desprecie; porque esto sería mezclar lo bueno y lo malo, y hacer al hombre enemigo de sí mismo, cuando debe por el contrario ser consecuente consigo, y no apartarse de la virtud cristiana en cosa ninguna, y en ningún estado de la vida. Pero si se trata de cosas puramente políticas, del mejor sistema de gobierno, de constituir los Estados de un modo ó de otro, puede ser honesta ciertamente la variedad de opiniones acerca de estos puntos. La justicia pues no permite que se juzgue mal el sentir diverso acerca de estas cosas que hemos dicho, en aquellos cuya piedad es por otra parte conocida, y conocida su disposicion constante de recibir y aceptar obedientes los decretos de la Silla apostólica; y mucha mayor injuria es que se les juzgue reos del crimen de violacion ó sospecha en la fé católica, lo cual sentimos que se haya hecho algunas veces. Los que acostumbran publicar sus ideas por la prensa, y principalmente los autores de periódicos, observen absolutamente este precepto.

A la verdad, tratándose de cosas tan vitales no debe dar-

se lugar ninguno á disputas intestinas ó fines particulares, sino que unidos los ánimos y los esfuerzos de todos, deben trabajar en lo que es el fin y propósito comun de todos, que es conservar la religion y el Estado. Si antes ha habido pues algun desacuerdo, es necesario acabar con él por medio de un olvido voluntario: si se ha hecho algo temerariamente, si alguna injuria se ha hecho á alguno, cualquiera que sea el culpable, debe satisfacerse por la caridad mutua, y perdonarse en grande obsequio á la Silla apostólica. De este modo los católicos conseguirán dos cosas preciosísimas, hacerse auxiliares de la Iglesia en la conservacion y propagacion de la sabiduría cristiana, y hacer un inmenso beneficio á la sociedad civil, cuya salud peligra mucho por causa de las pasiones y malas doctrinas.

Esto es en verdad, Venerables Hermanos, lo que hemos tenido que enseñar á todas las naciones del orbe católico, acerca de la constitucion cristiana de los Estados y de los deberes de los ciudadanos particulares.

Por lo demás, es necesario implorar en profunda y constante oracion, el auxilio divino, y debe pedirse á Dios que esto que deseamos é intentamos para su gloria y comun salud del género humano, lo lleve al fin deseado. El mismo que puede ilustrar la mente de los hombres y mover su voluntad. Y en prenda de los beneficios divinos, y en testimonio de nuestra paternal benevolencia, os damos en el Señor, Venerables Hermanos, con todo nuestro amor, la bendicion apostólica á vosotros, al Clero y al pueblo todo encomendado á vuestra fé y vigilancia.

Dado en Roma en San Pedro el dia primero de Noviembre del año de mil ochocientos ochenta y cinco. En el año octavo de nuestro Pontificado.

Leon Papa XIII.

I
 No cometeremos la irreverencia de calificar con nuestras humildes é indignas frases la grandeza, oportunidad, utilidad y sabiduría de las Letras apostólicas que habeis leído: ellas son la voz autorizada é infalible del Pastor nuestro y vuestro, ellas tienen por fin y objeto nuestro bien eterno, y con ternura y amabilidad verdaderamente paternal y divina, buscan también para nosotros los bienes temporales, como medio de conseguir los eternos; y no habríamos Nos, ni ningún hombre tiene poder ó facultad de quitar ni de añadir nada á esas sagradas páginas de oro que nos dedica el Papa, sino que todos, humildes, reverentes y agradecidos debemos grabar en nuestra alma y procurar que den allí los frutos interiores de fé, fortaleza, prudencia y cristiana sabiduría que ellas enseñan y exigen, y que esos frutos sean tan abundantes, que rebosen y se derramen exteriormente de manera que ocupen todas nuestras acciones, para que unidas estas en todos los verdaderos católicos, hagamos el impulso que necesitamos hacer, para retirar á la sociedad del borde del abismo horrible y sin fondo en que la han colocado los disolventes planes, que no principios, y diabólicos proyectos del enemigo jurado de Dios, del hombre y de la sociedad misma.

Pero sí creemos de nuestro deber aplicar esas sagradas venerables Letras del Vicario de Cristo al remedio de nuestras necesidades espirituales, y enseñaros cómo debeis cumplir los sapientísimos preceptos del Papa Leon XIII que á Nos y vos obligan gravemente, y de cuyo cumplimiento, además, depende todo nuestro bien en la tierra y en el cielo; de manera que oir reverentes, (y fijaos mucho en esto) esa voz divina, puesto que el Papa habla como personero de Dios, aceptarla dóciles y practicarla fieles, hará nuestra dicha temporal y nuestra salvación despues de esta vida: por el contrario, si la despreciamos, si la rehusamos, si no la cumplimos, ciertísima é indefectiblemente trastornaremos la sociedad, perderemos los bienes temporales que ella nos proporciona, seremos infelices y desgraciados, pobres, despreciados y aborrecidos de las naciones que permanezcan fieles á los principios cristianos, y despues, para colmo

de nuestras desgracias, nos condenaremos eternamente en el infierno, que es el último domicilio de los enemigos de Dios: queremos el bien y lo buscamos, se nos dará su misma fuente en el cielo: queremos el mal, se nos colmará de él hasta que rebose su hiel amarguísima y nos encontremos sumergidos en él en los infiernos.

Os hemos insinuado un principio, que para los verdaderos católicos es verdad palmaria; pero como en nuestra Diócesis desgraciadamente no hay fé, necesitamos amplificarlo, explicarlo, casi materializarlo y hacerlo palpable, á fin de que lo acepteis y os sirvais de él para vuestro bien. Ese principio es, que la verdad religiosa que enseña la Iglesia católica ó su Suprema Cabeza visible, el Romano Pontífice, es absoluta, tan eterna como Dios y tan invariable como Dios; de manera que sean cuales fueren los adelantos de la ciencia humana, si están conformes sus conclusiones con esa Verdad, serán verdaderas, y si esas conclusiones fueren contrarias á la verdad que la Iglesia enseña, serán de todo punto falsas: sea cual fuere la opinion de los hombres, sea cual fuere la ilustración de estos, sea cuales fueren las producciones de la prensa, sean cuales fueren los esfuerzos de los enemigos de la Iglesia, sean cuales fueren los triunfos pasajeros que contra ella obtengan, sean cuales fueren los esfuerzos de todo el Infierno y de sus poderes, la Verdad que la Iglesia enseña permanecerá como el sol en el firmamento sin que nada la disminuya, empañe ó mancille: podrán las nubes del error, las emanaciones vaporosas y pútridas de las pasiones, ocultarla á los ojos de los hombres que se dejen engañar y llevar del torrente impetuoso y momentáneo de las falsas opiniones y de la fuerza física; pero Ella allí estará limpia, íntegra, esplendorosa y brillante como el mismo Dios que es su Fuente Purísima y Eterna; y los individuos y las Naciones que la vean y se dirijan por ella, serán dichosos temporal y eternamente, y los que la pierdan caminarán en tinieblas, hasta la tenebrosa é infeliz eternidad.

Ni creais, ni por un momento, como no lo podeis ni pensar voluntariamente sin ser herejes, que esa Verdad ha de faltar alguna vez y que el error y los vicios la han de dominar, vencer y destruir; porque pasarán los cielos, pasará la tierra, pasarán los astros, pasará y se acabará el universo; pero

esa Verdad, esa palabra de Dios no pasará jamás, jamás, jamás. Sucederá, como ha sucedido ya, que los pueblos la desprecien y adopten para su gobierno el error y la mentira; así lo hicieron las naciones antiguas, anteriores á la Era Cristiana, á quienes Dios no llamaba aún para reconciliarse con ellas, y las dejó sumirse en excesos especulativos y prácticos de que la humanidad toda se avergüenza ahora: así sucedió con el pueblo judío, que persiguió y dió muerte á la Misma Verdad Eterna, al Hijo de Dios, al Verbo Encarnado, á Jesucristo Nuestro Dios, Nuestro Señor y Nuestra Vida, y que por eso aquel pueblo desgraciado perdió su patria terrena y su patria eterna: así sucedió á los pueblos del Africa ántes florecientes, ricos, poderosos, gloriosos bajo la suave férula del cristianismo que abandonaron, para sumirse en la ignorancia, en la degradacion y corrupcion de costumbres, en la impotencia, en la pobreza y en todos los males, y ser el juguete de los demás pueblos civilizados y bárbaros: así sucedió y sucede á los pueblos del Asia menor, antes emporio del comercio y palacio de las ciencias y de las bellas artes, porque eran cristianos, y hoy abyectos, despreciables, porque abrazaron la heregía y el mahometismo; y así sucederá á la Europa y América latina que pugnan hoy contra la Verdad cristiana y quieren tener principios falsos que autoricen sus vicios é iniquidades, cumpliéndose en ellas, no lo dudeis, la terrible amenaza de Jesucristo á los judíos y en ellos á todos los obstinados en el error: "*Auferetur á vobis regnum Dei et dabitur genti facienti fructus ejus*" [Math. XXI. 43]. Se os quitará el reino de Dios, su verdad, sus principios esencial y eminentemente salvadores y sociales, y se dará á otros pueblos que lo acepten y den frutos de virtud.

El vicio y el error son impotentes por sí, y solo pueden existir á la sombra tenebrosa de los humos de exaltadas pasiones: son aves inmundas nocturnas que solo buscan su presa en las tinieblas y cogen solo á los que aman y buscan esas tinieblas; pero jamás pueden ver de frente la verdad ni pueden estar en su presencia, y huyen á su vista como las sombras huyen de la luz. La luz siempre triunfa de las tinieblas y de las sombras, como la Verdad que la Iglesia enseña triunfará siempre del error y de la mentira. Ciertamente que aparece á veces la Verdad oculta y vergonzante en

los pueblos que se glorían de haberla vencido y cantan victoria, antes de tiempo, antes de conseguirla, porque jamás la consiguen; pero ese triunfo aparente es como el de los judíos que mataron á Cristo, para verla triunfante al otro día, para verla aceptada, honrada y gloriosa en otros pueblos, y para que se cumpla en los ingratos apóstatas de la Verdad la terrible venganza del Dios Omnipotente. El pueblo judío cantaba victoria á la muerte de Jesucristo que luego fué adorado en la capital del mundo; y á los veintitantos años ese pueblo infiel, ingrato y obstinado veía caer terrible sobre sí el castigo de Dios, sus hijos eran acuchillados á millares, y los que quedaban salían y viven hoy prófugos en las cinco partes del mundo.

El error y el vicio no triunfarán nunca de la Verdad, y si obtiene algunos triunfos aparentes y efímeros, será para castigar á los pueblos que aman el error y el vicio, para aniquilarlos aun temporalmente y para que la verdad como el sol despues de una tempestad, aparezca mas clara y hermosa en otro pueblo, y tal vez en otro hemisferio! ¡Oh Dios mio, qué terribles cosas nos esperan! Esa Verdad que vosotros no quereis aceptar, y que muchos habeis abandonado, es un árbol coposo, frondoso, verde, siempre lleno, de vida, grande y corpulento como el cielo y la tierra juntos y cuando algun pueblo la desecha, le niega su sombra, su abrigo, sus flores, sus frutos, corta el brazo que cobijaba ese pueblo, lo reduce á la aridez, lo prepara para el fuego eterno y Ella, la Verdad, se extiende mas frondosa, verde, hermosa, aromática y cargada de frutos por otra parte. Esta es la Iglesia: esta es su Verdad: esta es su doctrina: estos son los bienes que ella únicamente puede traer á los pueblos: esos son los males que los pueblos se causan por su infidelidad á Dios y su apostasía de la Iglesia y de su fé. La Iglesia nunca muere, la Iglesia no pierde, pues si se corta uno de sus brazos lo encuentra luego multiplicado y mas cargado de buenos frutos. Los que pierden, abandonando á la Iglesia, son los pueblos, como os lo enseña el Vicario de Nuestro Señor Jesucristo en la magnífica Carta que os hemos comunicado. Ved lo que fueron y son los pueblos sin la Verdad cristiana: ved lo que han sido, son y serán con esa Verdad: á los primeros, si no os ciega la pasión, los vereis infelices aun temporalmente: á los segun los los vereis

grandes aun en el sacrificio y en los tormentos, y esos serán los que únicamente tengan bienes verdaderos aun en el órden temporal.

¡Qué confusión será la nuestra, venerables hermanos, en el último día de los tiempos, si por desgracia condescendemos ó transigimos con el error! ¡qué desengaño tan triste y terrible recibiremos en ese tremendo día, cuando veamos que tal vez por nuestra indolencia, descuido ó cobardía dejamos desterrar la Verdad de los pueblos encomendados á nuestra solicitud pastoral! ¡qué angustia nos causará ver tantas desgracias, tantos desórdenes, tantos pecados, tanta inseguridad en las familias, personas ó intereses, tantas discordias, tantos odios, tantas muertes, tanta miseria, tanta abyección y tantas almas condenadas, solo porque la crítica de un periódico, la audaz calumnia de algun impío, la injusta amenaza de algun enemigo gratuito nos hizo retroceder en el camino de nuestro deber, nos hizo dejar que el vicio y el error se enseñoreasen y que causaran esos estragos! Pensad bien en esto, pues aunque veo que, por beneficio de Dios, estais todos en pié y bien asidos de la Cruz, de las espinas y de los clavos, debeis temer caer y faltar á alguno de nuestros deberes: cumplidlos todos.

Nos parece inútil insistir en la exposicion de estas verdades y en encareceros su importancia, porque nuestros pueblos están demasiado corrompidos ya en sus costumbres, su fé está perdida del todo, su ignorancia de la religion es casi absoluta, su oposicion á la Verdad es sistemática y sin razones ni fundamentos; y algunos, muy pocos, hacen esa oposicion á la Verdad conocida ya, y es moralmente imposible que retrocedan en el camino de la perdicion en que están: ya gustaron el don de Dios, ya lo despreciaron y tememos muy fundadamente que nuestras palabras caigan en fria piedra ó entre tantos abrojos, zizaña y espinas, que se pierda por completo; pero vemos en la conducta amabilísima de Dios con el pueblo Hebreo que en medio de las mayores infidelidades, aberraciones, prevaricaciones y excesos de este, los Profetas dejaban oír su voz y aterradoras amenazas; y Nos somos vuestro Pastor, y el desaliento no ha de cerrar nuestros labios.

¡Qué remedio tiene un pueblo que como el de Israel en el desierto, ve su dicha, la quiere y reclama en la esclavi-

tud de los Faraones? ¡qué remedio tiene un pueblo que cifra su felicidad en ser extranjero y en no tener patria, porque todo lo que le es propio, es para él despreciable, y todo lo que es de otro país es objeto de su aprecio y de sus caricias? ¿cómo se puede salvar un pueblo amantísimo de imitar todo lo malo de otros pueblos, sin apropiarse ninguna de sus virtudes? ¿cómo se contiene á un pueblo que, como la mariposa (ni mas ni menos porque no discurre ni piensa en lo que hace) corre tras la luz de la electricidad y locomotoras del Norte que lo han de arrastar, quemar, cautivar y consumir? ¿cómo salvar á un pueblo sin ciencia, sin industria, sin costumbres propias, porque ha despreciado y abandonado las que tenia, sin religion, sin Dios, sin fuerza moral, porque ha perdido y va perdiendo hasta la idea de Dios, de la justicia, de la honestidad de las acciones, de la ley, de la autoridad y hasta de los goces racionales? ¿cómo ganar con la idea del bien á quien rehusa el bien? ¿cómo con la idea de libertad y verdadero bienestar á quien quiere ser esclavo? ¿cómo con la idea de Dios y de sus premios y castigos á quien quiere y pide con inaudito atrevimiento y descaro esos castigos, desafía audaz á Dios y al cielo y desprecia y arroja al cielo mismo sus preciosos dones y magníficas promesas? ¿cómo racionar, convencer y persuadir á quien desprecia la ciencia, se cree mas sabio que el mismo Dios, y no entiende sino muy poco del discurso, de sus reglas y de su criterio? Verdaderamente no se puede hacer nada con un pueblo semejante si la Divina Gracia y todo el Poder Infinito de Dios no lo cambia; este es el caso con nuestro pueblo. Sentimos ser tan claros y sabemos muy bien que quedamos sujetos á vuestra indignacion, pero primero está el deber que todos nuestros intereses personales y privados; fuera de que no tratamos de insultar á nadie sino de llamaros la atencion sobre el peligro inminente en que está Tamaulipas, de pertenecer muy pronto al Norte y acabar por completo y materialmente el pueblo tamaulipense, que todo será uno.

No lleveis á mal que digamos que no tenemos ciencia, porque usando de los mismos argumentos que se usan contra la Iglesia y contra la Religion católica, ellos dan por hecho que durante el Vireinato estuvimos en la ignorancia

y que así se nos mantuvo; y como despues de esa época y hasta el año de cincuenta y cinco ó mas bien hasta sesenta y uno en que triunfó por fin la Revolucion entre nosotros, el Clero continuó siendo nuestro maestro, dado y no concedido que él nos mantuviera en la ignorancia, hasta esa fecha debemos haber sido ignorantes; ¿de entonces acá hemos hecho tantos progresos en el saber humano que ya estemos á la altura de las naciones verdaderamente ilustradas é instruidas? ¿en medio del ruido de las armas, del estruendo de los cañones, del humo de la sangre y de las guerras civiles é internacionales que en ese tiempo hemos tenido, y que simpatizan muy poco ó nada con el saber y con la ciencia, hemos hecho tantos progresos? ¿excluidos de la educacion de la juventud los sacerdotes, que habian sido formados por los conquistadores no solo en las ciencias sino en el modo de comunicarlas á otros, que eran los únicos maestros expertos y prácticos que teniamos, que enseñaban las ciencias por obligacion que ligaba su conciencia, y que pesaba mas en su ánimo que todas las penas legales; y colocados en su lugar hombres asalariados y sin la práctica de aquellos, hemos hecho tan estupendos progresos? ¿con la bancarota del erario nacional, escasez de los fondos públicos, con los profesores mal pagados, y mal atendidos los establecimientos de educacion, con el ímprobo trabajo de elegir textos de autores descreidos, materialistas é impíos, desechando todos los antiguos, nos hemos formado ya perfectamente en la ciencia? ¿con el Derecho sin principios fijos, con un sistema médico materialista, que supone al hombre lo que no es, que prescinde, porque niega, de su parte moral que es la causa de la mayor parte de sus físicas alteraciones, con un empirismo mas pronunciado que nunca, con unos discípulos cuyas pasiones son violentas como las de la juventud, sin freno ninguno, porque la moral que se les enseña no tiene sancion, y entregados, por lo mismo, á los vicios que mas consumen al hombre, hemos formado una sociedad ilustrada é instruida verdaderamente? Juzgadlo vosotros, y si sois imparciales y sinceros, confesareis que tenemos razon al decir que carecemos de ciencia: los textos de nuestros establecimientos literarios, en las asignaturas y estudios profesionales, es otra prueba de lo poco que en la ciencia hemos adelantado.

Hemos dicho que amamos ser esclavos, y el hecho bastante general de entregar nuestras propiedades á los extranjeros, por un poco de plata, para convertirnos luego en sus sirvientes y dependientes; y los elogios que hacemos de todo lo que pertenece á otra nacion, que desgraciadamente son verdaderos y justos, por lo comun, si esas naciones se comparan con la nuestra, Nos parece que prueba bastante ese mal gusto que tenemos de depender de otro. Si en lo demas que hemos dicho nos juzgais exagerados é injustos, ved los hechos que Nos justifican; y si despues de eso todavía os sentis heridos por nuestras palabras, tened presente que Nos no formamos excepcion, ni pretendemos ni queremos serla de la regla general que mide á los mexicanos, y que lo que os decimos es solo porque deseamos que mejores de conciencia cambiando de conducta.

condicion
Ni creais que estamos animados de una pronunciada y sistemática oposicion y mala voluntad á todo lo extranjero; pues fuera de que adolecemos del mismo defecto que todos nuestros paisanos, cuatro años que, de simple sacerdote, vivimos en Norte América la pasamos muy bien, en el goce de consideraciones y respetos que nuestros paisanos no Nos han dispensado ni de Obispo, en el goce de libertad verdadera y completa para vestirnos, andar, y vivir como mejor nos agradaba, con la satisfaccion de que á las cosas santas de nuestra religion se les guardara el respeto público que merecen ó que el hombre es capaz de tributarles, con una buena Iglesia y casa cural en que viviamos con muy buena asistencia, abundantes recursos, amigos y relaciones que se honraban con nuestra sociedad y amistad.

Allí vivimos sin tener que ocultar la sotana á la vista de nadie: sin tener que sostener una polémica con cada católico que causa derechos parroquiales y no quiere satisfacerlos: sin que se nos quisiera violentar á admitir de padrinos á los masones y á los que hacen vida marital sin ser casados legítimamente: sin que las muchas señoras y señoritas que allá se prestan gustosas á coleccionar fondos para objetos piadosos, que se honran con eso y que son honradas y respetadas por todos, que recorren las calles, domicilios de católicos, protestantes é indiferentes sin que ninguna ley se los prohiba, que recorren el comercio y á todos piden dentro y fuera de los templos, sin que esas señoras y señoritas sean

ultrajadas é indignamente tratadas de palabra y por la prensa, como desgraciadamente y para nuestra confusion é ignominia sucede en C. Victoria: sin quien nadie entrara al templo, fumando, con el sombrero puesto, ni cometiera allí obscenidades y excesos que ruboriza solo indicar, como se hace en nuestra ciudad episcopal: sin quien nadie fuera á las funciones eclesiásticas ni asistiera á la celebracion de los augustos misterios de nuestra religion solo para ultrajar el Sacramento Inefable de la Eucaristía, al Obispo y al Clero, como se hizo en Ciudad Victoria en el último Jueves Santo, á ciencia y paciencia de todos aquellos católicos, que despues no se abstuvieron de leer el impío periódico en que el autor de esa hazaña se gloriaba de ella: sin que los católicos pensaran siquiera en conformarse con el acto civil del matrimonio, pues allá solo teniamos para católicos registro civil y no matrimonio civil; sin que el encargado del registro civil dijera ni menos aconsejara á nadie que no recibiera el Sacramento del matrimonio, como se dice, se aconseja y hasta se manda á veces entre nosotros: sin que se ocupara en ese destino á sacerdotes apóstatas ó personas sistemáticamente enemigas de la Iglesia, como sucede en Tamaulipas: sin que nadie descuidara ni menos despreciara el entierro eclesiástico de los católicos difuntos: sin que nadie resistiera ni se avergonzara de arrodillarse para venerar las cosas santas: sin que tuviéramos que pagar contribuciones por la casa de nuestra escuela, ni que recibir visitas ni sufrir la intervencion de juntas municipales de instruccion pública en nuestros establecimientos, ni mucho menos se nos obligase, contra la libertad de conciencia que nos garantizan las leyes, y violentándonos tiránicamente, á contribuir cada mes con una suma inmoderada, atendida la escasez de nuestros proventos, para sostener escuelas en que, como en Ciudad Victoria, se arranca del cuello y con violencia á los niños la inocente y piadosa insignia cristiana del rosario; y sin que aquellas leyes excluyan á los clérigos, solo por serlo, de contribuir con su voto al nombramiento de los empleados y funcionarios públicos, que en México hacen sentir tan fuertemente su autoridad á los clérigos á quienes, por sarcasmo, se llama ciudadanos.

Por lo dicho, conoceréis, que no sólo no podemos tener predisposicion á lo extranjero, sino que reconocemos en

nuestros vecinos del Norte grandes virtudes, y en sus instituciones ventajosas disposiciones civiles y políticas, que si los mexicanos imitáramos mejorariamos la condicion de nuestro pueblo; pero ¿queremos por eso que los extranjeros dominen en Tamaulipas? no, y mil veces no; porque no es nuestro bien personal el que buscamos, sino el de la Iglesia y el de nuestro país; y la Iglesia nada gana con que esta porcion de malos católicos acabe individual, numérica y materialmente, como sucederá con la dominacion del Norte, pues así ha sucedido en California, la Mesilla y Texas, y sí pierde mucho con eso México y la humanidad.

Sin embargo, si no estamos ciegos creemos ver que cada dia nos aproximamos mas á ese fatal desenlace de nuestras desgracias públicas, á ese terrible castigo de nuestra infidelidad, multiplicados perjurios y grandes ofensas á Dios Nuestro Señor, sin que veamos poder humano que pueda librarnos de tamaña desgracia: pues nuestra juventud, perdidas sus costumbres, no es capaz de abrigar en su pecho la idea nobilísima de la Patria y los deberes que á ella nos ligan; y ya algunos Nos han dicho que poco interesa que domine el mexicano ó el yankee, si el gobernante proporciona dinero, comodidades y placeres. ¡Pobre juventud! mañana ó pasado en poder del Norte, se le cazarán como fieras, ó se le aherrojará en una penitenciaría, ó se le aplicará la ley Lynch, y en todo caso se le despreciará y humillará. Nuestros indios, que son la mayoría de nuestra poblacion, se rendirán como los Zempoaltecas y Tlaxcaltecas al primero que, como Cortés, les ofrezca algunas ventajas mientras se apodera de ellos, para luego reducirlos á la nada civil, política y natural, á la muerte. Pero, repetimos, que predicamos en desierto, y tememos que la eficaz medicina que amoroso os propina vuestro Supremo Pastor espiritual en la tierra, para que cureis tantos males temporales que nos affigen, y prevengais y eviteis otros mayores que os esperan, no la reciba el enfermo y sea ya inevitable su ruina. Vamos á aplicaros esa medicina que es nuestro deber por *si acaso Dios se convierte y tiene misericordia* (Jon. III. 9), y lo demas, que su Divina Majestad lo haga, con vuestra cooperacion.